

LA BARAJA DE LAS CENTRALES SINDICALES

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

LA unitaria respuesta negativa de todo el sindicalismo democrático al plan económico del Gobierno empieza a resucitar la misma histórica psicosis política que existió tras el triunfo de la izquierda en las elecciones municipales. Si por aquel entonces podíamos hablar del fantasma del frentepopulismo, hoy cabe hacer referencia al espejismo de la huelga general. A pesar de que es tan cierto como que hace seis meses nadie perseguía un objetivo frentepopulista, el que hoy ninguna central sindical ha convocado a la huelga general; no hay una sola pluma de la derecha que no denuncie ya con tonos alarmistas a todos los sindicalistas del país. Una vez más, como ocurrió con la jornada del 11 de julio, todas las fracciones de la derecha olvidan momentáneamente sus diferencias para acusar a un presunto culpable. Desde los medios de la extrema derecha a los más lúcidos, inteligentes y socialdemócratas del país, editorialistas y comentaristas fomentan las divergencias sindicales en base a unas supuestas claves políticas o dan clases de sindicalismo después de una larga y amplia hoja de servicios al llamado "sindicato" vertical de la dictadura.

Eje de toda esta artillería sindical es la presunta manipulación política por parte de un partido de la izquierda que busca hacer pasar su línea política de concentración democrática y el peligro que para la democracia entrañaría una convocatoria de huelga general. Raquílica argumentación que, repetimos, olvida no sólo que nadie ha convocado tal huelga sino que este tipo de acciones huelguísticas son moneda corriente y frecuente en Inglaterra, Alemania, Francia e Italia en el ejercicio práctico de un derecho constitucional como es el de la huelga. Y en

lo que se refiere a la supuesta utilización política por parte de los comunistas es preciso señalar que recientemente, en una importante entrevista aparecida en "Mundo Obrero" (18-IX-79), Nicolás Sartorius inflexionaba el anterior planteamiento del PCE, de hace ahora un año, al aclarar que "en este momento lo fundamental sería no tanto encerrarnos en esquemas de sí a tres o a cuatro bandas, porque lo que pasa es que realmente no existe una voluntad negociadora por parte del Gobierno".

No está de más recordar que el pacto a tres bandas excluye a los partidos políticos de las negociaciones.

Pero todos estos gritos y susurros de la derecha, desde sus capas extremistas a las socialdemócratas, son, además, absolutamente desproporcionados cuando constatamos que la respuesta sindical aparece claramente escalonada. A través de los distintos comunicados y tomas de postura de todos los sindicatos es fácil comprobar cómo la baraja sindical va a ser movida gradualmente en función de conseguir o no la negociación del plan económico y de los derechos sindicales: la sota inminente de las movilizaciones, el caballo probable de la concentración del 14 de julio y el rey posible de un paro de veinticuatro horas para el mes de noviembre. Vayamos por etapas.

La sota de las movilizaciones

Esta primera carta casi va a coincidir con la discusión del plan económico por los parlamentarios. Su inicio va a consistir con probabilidad en el próximo paro de Renfe y en las consecuencias movilizadoras del comunicado conjunto CC. OO.-UGT de los metalúrgicos madrileños.

Muy posiblemente sus protagonistas van a ser, como indicaba la Unión General de Trabajadores, movilizaciones sectoriales, parciales, que en absoluto buscan desembocar en un paro general.

Su principal característica va a residir en la recuperación de la unidad de acción por parte de todos los sindicatos democráticos, CC. OO., UGT y USO; denunciar el contenido y método de elaboración del plan económico, exigiendo su negociación y discusión, y organizando la respuesta obrera en un primer nivel de contestación sindical. Es un primer escalón unitario que se superpone por encima de cualquier tipo de divergencia o reflejo de maniobras políticas. Hay que tener en cuenta que la perspectiva de celebración de las próximas elecciones sindicales no es favorable para quienes planteen en el mundo sindical una excesiva confrontación entre las distintas centrales sindicales. Aunque a algunos líderes sindicales se les haga cuesta arriba tener que volver al 10 de julio, la realidad socioeconómica y el horizonte político y sindical no permite ningún tipo de vacilación.

El objetivo de esta movilizadora es bien patente: combinar la presión desde arriba, parlamentarios de izquierda discutiendo en el Congreso de Diputados el plan económico, con la presión desde abajo para lograr una negociación democrática y poder evitar los costes de un otoño caliente. Se trata de esbozar el modelo económico y social de la década de los ochenta tras el agotamiento del modelo franquista, impidiendo que el programa gubernamental recomponga este modelo felizmente superado. Es decir, las centrales sindicales parecen predispuestas a pagar su cuota de sacrificios en la crisis de hoy, pero se niegan a sentar las bases es-

tructurales para seguir pagándolas durante muchos años. De ahí, que por vez primera desde que se inició el proceso de normalización democrática, una discusión parlamentaria vaya a ir acompañada por acciones de masas.

El caballo del 14 de octubre

Si a pesar de esta primera carta, el Gobierno persiste en su actitud, lo que evidentemente parece decidido a hacer, será la hora de que se ponga sobre la mesa el caballo de la concentración de los trabajadores el 14 de octubre en la madrileña Casa de Campo. No sólo de la capital sino de las restantes provincias y nacionalidades, con la finalidad de expresar su rechazo de una política económica que, de llevarse a cabo, provocaría con toda seguridad, graves convulsiones en todo el tejido social: clase obrera, pequeños y medianos empresarios y amplios sectores del campesinado. Sobre todo teniendo en cuenta que se realizaría en medio de la crisis económica y en el hall de la Comunidad Económica Europea.

Por ahora, su principal característica es que sólo es convocada por el primer sindicato: CC. OO. Lógicamente esta convocatoria en solitario de Comisiones Obreras no quiere decir, al menos todavía, que el 14 de octubre vaya a ser una reedición de lo sucedido el 11 de julio: la rentabilización en exclusiva de su importante éxito por sólo un sindicato. El desarrollo del primer escalón de presión, la sota movilizadora, determinará con seguridad que nuevas siglas se unan o no junto con la primera fuerza sindical en este segundo escalón de contestación sindical.

Ni que decir tiene que este 14 de octubre persigue ele-



**Marcelino Camacho
y Nicolás Redondo:
unidad
de los sindicatos
ante el plan
económico
del Gobierno.**

var, tanto en un sentido cuantitativo como cualitativo, la presión sindical para conseguir los objetivos enumerados anteriormente. Aunque, por supuesto, sus resultados dependerán de que se sumen o no otras organizaciones sindicales a esta "marcha de trabajadores sobre Madrid", su influencia y peso político-económico vendrá determinada esencialmente por la capacidad movilizadora que demuestre el o los sindicatos que finalmente la convoquen. Porque su mayor o menor consecución indicará no sólo que se ha pasado de una movilización sectorial a una general, sino también quién o quiénes son capaces de dirigir este salto sindical.

El rey del paro de veinticuatro horas

Es precisamente a partir de ese momento —y según su resultados, respuesta del Gobierno y situación política general— cuando podrá existir la posibilidad de que las centrales desembocasen en el rey de un paro general de veinticuatro horas. Es la última carta que el sindicalismo tiene en la bocamanga si el

Gobierno continuara con sus oídos sordos a las reivindicaciones y modificaciones que se necesitan introducir en la política actual.

Hasta este momento, su más evidente característica es que nadie lo ha convocado y que su posibilidad se transformará en probabilidad en la medida que la importante dinámica social que va a originar la sota movilizadora y el caballo del 14 de octubre no encuentren ni el más mínimo eco negociador por parte del equipo gubernamental. Sólo si el proceso de presión-negociación-presión no logra una síntesis, síntesis, o lo que sería peor no se produce, puede desembocar en una acción de gran envergadura. Las huelgas generales no se convocan sino que únicamente desembocan.

Su objetivo, de darse tal por ahora improbable posibilidad, sería manifestar dura y tajantemente que el plan económico gubernamental es absolutamente inviable sin el acuerdo de las centrales sindicales. Sin cooperación de los sindicatos y sin las lógicas contrapartidas sindicales y políticas, el plan económico irá dando tumbos hasta acabar siendo arrinconado.

Máximo grado de presión que tendría también mayor o menor alcance en función de las siglas promotoras y de la amplitud de su audiencia social. Y en ese instante sabríamos, si no hemos despejado anteriormente la incógnita, si el Gobierno va a poder imponer o no este programa económico-social a las centrales sindicales: congelación salarial, incremento del paro, desarrollo de la inflación y reducción de los derechos sindicales. Es decir, dicho más crudamente, si puede o no derrotar al sindicalismo democrático. Derrota, empate o victoria que va a condicionar una buena parte del futuro.

El talón de Abril

Porque sería incomprensible que el Gobierno jugase al órdago a la grande si no estuviese lo suficientemente preparado para responder, a diversos niveles y grado, a la ofensiva sindical. De ahí que esta batalla social vaya a ser una de las más decisivas de la historia de la transición, desde el invierno de 1976 en que la decisiva movilización de los trabajadores hundió a Fraga, pero no a la reforma política que retomaría con

mayor habilidad e inteligencia Adolfo Suárez.

Parece obvio que el Gobierno va a intentar romper esta baraja sindical fomentando las divergencias de los sindicatos entre sí. La devolución de una parte del patrimonio sindical sólo es histórico, o la introducción de una curia o brecha entre unos sectores más politizados y otros no tanto; además de estimular la división entre parados y empleados más la manipulación de la ansiedad y preocupación por el puesto de trabajo y el alarmante coste de la vida, junto con la carga desmovilizadora anterior y el desencanto, son otros importantes factores con los que el Gobierno cuenta para hacer quebrar esta baraja en sus distintas cartas. Pero sobre todo y por encima de todo, va a esforzarse por lograr al menos la neutralidad de algún sindicato mediante operaciones de diverso signo. Y pieza clave en toda esta contraofensiva del Gobierno va a ser el anti-comunismo.

Pero esta panoplia quebrantahuesos sindicales tiene un talón de Abril. El plan económico no puede ser aceptado ni por la central sindical más propensa al diálogo, salvo que quiera suicidarse como organización. No es lo mismo a nivel parlamentario abstenerse en la discusión del Estatuto de los Trabajadores elaborado por Comisiones Obreras, que permanecer neutral o indiferente a nivel de comité de empresa de una fábrica. Si ya la abstención parlamentaria fue "un voto difícil e impopular", en frase de uno de sus protagonistas en el Congreso de los Diputados, la abstención sindical ante un plan económico de la catadura del actual sería tener vocación de suicida. Ahí podría residir el error de cálculo de los responsables gubernamentales. ■